

LIBROS

Sevilla:
las desgracias
de la ciudad
de la gracia

"Los valores estéticos de un hábitat urbano han de armonizarse con principios éticos incuestionables, pues a los ciudadanos que vivan muertos de hambre en una ciudad graciosa, 'maldita la gracia que la gracia les hace'", dice José María Javierre en su prólogo al estudio de Antonio González Dorado, "Sevilla: Centralidad regional y organización interna de su espacio urbano" (1). Un nuevo libro que añadir al largo "quejío" bibliográfico del subdesarrollo andaluz, que por muchas páginas que le echen encima no acaba de levantar cabeza, que parece que los tiros van más por las soluciones políticas y autonomistas que por las económicas y desarrollistas.

Todos los andaluces en general y los sevillanos en particular nos hemos planteado muchas veces el problema regional de la gallina y el huevo. ¿Es Sevilla la que se come a la región o es la región la que se come a Sevilla, si por región entendemos con Jean Sermet y González Dorado la del Guadalquivir? En su estudio, el geógrafo nos ofrece algunas claves para entender la actual depresión sevillana en función del tiempo y del espacio, en lo que califica de tres graves realidades:

1. La importante funcionalidad de Sevilla se ejerce sobre una de las zonas más subdesarrolladas del país, hecho que se refleja sobre la vida interna de la ciudad. Sevilla es la ciudad

(1) Antonio González Dorado: "Sevilla: Centralidad regional y organización interna de su espacio urbano". Servicio de Estudios del Banco Urquijo en Sevilla. Madrid. Editorial Moneda y Crédito, 1975.



más importante de la Andalucía del Guadalquivir, pero queda estigmatizada por todos los problemas de la región, con la que compone una unidad deprimida.

2. Sevilla ejerce una función de servicio y de relativa integración, pero sin energía suficiente para desencadenar un proceso de desarrollo capaz de equilibrar la zona con las más desarrolladas del país. Esto explica la nueva orientación de las corrientes migratorias y su incapacidad interna incluso para asimilar satisfactoriamente a toda la población de origen sevillano.

3. En Sevilla se ha producido un peligroso gigantismo en el sector terciario, principalmente en la actividad comercial, fenómeno que puede originar un empobrecimiento de la región incrementando la desaceleración de su ritmo de desarrollo, proceso que a largo plazo puede traducirse en una grave amenaza para la misma ciudad.

Estas graves realidades no han surgido por azar: son la consecuencia de la otra cara de la moneda en Andalucía, donde no todos son precisamente polos de desarrollo y canales de Sevilla a Bonanza. González Dorado hace un estudio sobre el siglo XX sevillano que es, en cierto modo, la historia de una frustración, por más que en la investigación haya quedado casi inédito un tema que juzgamos fundamental: la repercusión

regional del fracaso de 1929, que hipotecó los cambios republicanos. Las consecuencias de la huelga de 1917, la aventura sevillana de la Exposición, las inversiones públicas y los movimientos migratorios de la Dictadura de Primo de Rivera, Andalucía como reserva económica y demográfica en la guerra civil, la depauperación de la posguerra, la autarquía, etc., son temas sobre los que González Dorado no añade nada nuevo, pero que sintetiza con intención sentenciadora, como un dato que no podemos silenciar: más del 50 por 100 del presupuesto de obras del Ayuntamiento sevillano de la Segunda República se invirtió en construir escuelas.

¿Qué fue, entonces antes, la gallina o el huevo? ¿Quién se comió a quién? Tras leer el libro de González Dorado se puede afirmar, con la glosa de Javierre al invento lírico de José María Izquierdo, que las desgracias de la región han terminado en estos últimos cuarenta años con las gracias de Sevilla. Y parece que esas desgracias tienen de cara al futuro sólo una solución: la política. ■ A. B.

Gerónimo
y el genocidio
de su pueblo

No hay choques culturales inocentes, sino verdaderos ata-

ques culturales (con agresión económica incluida), viene a decir Manuel Sacristán a propósito de la historia del apache Gerónimo, que recogió S. M. Barrett y que Sacristán ha traducido y anotado en lengua castellana de manera admirable (Ediciones Grijalbo. Barcelona, 1975).

Gerónimo nació en junio de 1829 y murió el 17 de febrero de 1909. Sus ochenta años de vida fueron casi ochenta años de lucha, y su historia (que contó ya anciano en la reserva militar de Fort Sill, con pulso de gran narrador), un ejemplo de cómo se destruye una civilización en nombre de otra (autoconsiderada "la civilización") para realizar el latrocinio en gran escala que se conoce como función colonizadora.

"Al principio, el mundo estaba envuelto en la oscuridad", dice Gerónimo al comienzo de su biblia particular. Era un universo lleno de bestias y aves de toda especie, donde los hombres no podían vivir porque las fieras y las serpientes los mataban. Pero cuando Gerónimo nace, ya dentro de la Historia, cada cosa tenía su sitio y su utilidad. "Durante mi infancia nunca vimos misioneros ni curas. Tampoco vimos nunca hombres blancos. Así que tranquilamente vivíamos los apaches bedonkohe".

Pero llegarían los hombres blancos y los mexicanos (Gerónimo los distingue siempre) y nuestro hombre habría de cambiar la caza de búfalos, ciervos y conejos por la caza del hombre, que a su vez iba a cazarlo a él y a destruir su pueblo para quitarle las tierras. La increíble y larga vida luchadora de Gerónimo no pudo evitar esa destrucción, que no fue sólo el etnocidio de una cultura por otra con más medios, sino un genocidio "consciente y voluntariamente dispuesto", como señala Sacristán en una de sus excelentes notas. Cita la frase del general Sherman: "Cuanto más podamos matar este año, menos tendremos que matar el año que viene, pues cuanto más veo a estos indios, más me convengo de que hay que matarlos a todos o mantenerlos como una especie de pobres".

Los dos propósitos se cumplieron. Unos murieron en el combate sobre su tierra de Arizona, aquella donde Gerónimo quería volver y hacer volver a su pueblo expatriado. Otros acabaron desterrados en Florida.

En 1970 apenas quedaban diez mil. Los apaches que, como los demás indios, apenas intuyeron la noción del Estado, tienen ahora una cierta consciencia de sí mismos. Las luchas de Gerónimo contribuyeron a ello y algunas de sus esperanzas se mantienen vivas: "Nos gustaría ser libres de volver a la tierra que es nuestra por derecho divino (...). No reclamamos toda la tierra que nos dio el Omnipotente al principio, sino sólo la suficiente para cultivarla. Aceptamos gustosamente que el hombre blanco cultive la que no necesitamos". La reciproca no es cierta. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

Attila Jozséf, el hijo de la lavandera

En enero de 1937, Thomas Mann recibe una invitación para dar una conferencia en Budapest. Esta nueva visita, en circunstancias excepcionales, va a despertar en los círculos antifascistas del país una expectación inusitada.

El Tercer Reich acaba de pri-

var al novelista de su nacionalidad alemana y, para colmo, la Universidad de Bonn le ha desposeído de su doctorado "honoris causa".

También Hungría está atravesando momentos graves. El regente Horthy y el jefe de su Gabinete, Gömbös, han impuesto a la política del país una orientación claramente fascista que se traduce en una vinculación cada vez más estrecha con los intereses del Tercer Reich.

Para la presentación de Mann ha escrito una oda a modo de saludo el poeta de treinta y dos años Attila Jozséf, colaborador de la revista liberal de izquierda que ha invitado al autor de los "Buddenbrooks". La Policía, que conoce el contenido del poema de Jozséf, ha tomado mientras tanto buena nota de las advertencias que en él se hacen contra esos "Estados monstruos que roen sin tregua al humanismo" y "los venenos que quieren infiltrarnos", por lo que, en el último momento, prohíbe su lectura pública. Al día siguiente, la prensa liberal cita, al comentar el acto, el último verso del poema censurado y en el que elogiosamente se califica a Mann de "europeo entre los blancos".

Después de su conferencia, Thomas Mann viajará a Viena y, meses más tarde, como tantos otros huidos del nazismo, se trasladará a los Estados Unidos.

Por su parte, Attila Jozséf se suicidará en diciembre de ese mismo año, víctima de una neurosis, arrojándose a la vía del tren en un pueblecito junto al lago Balatón.

De tan trágico modo acababa la trayectoria vital del poeta más grande, junto con Emre Ady, que ha tenido Hungría en lo que va de siglo.

Hijo de un obrero de Budapest, al que apenas conoció, y de



Attila Jozséf.

una lavandera de la que pronto quedó huérfano, Attila Jozséf tuvo una infancia difícil en la que hubo de hacer de todo: vendió agua en los cines y periódicos por las calles, robó leña para calentarse, trabajó en las barcas del Danubio. Todo ello lo cuenta el propio Jozséf en el breve "currículum" autobiográfico que figura al frente de la antología publicada por Vi-

sor (1). Durante el difícil periodo de entreguerras, los poetas e intelectuales húngaros más inquietos y comprometidos organizaron el movimiento llamado de los "investigadores de aldea", cuyo objetivo era dar a conocer a la opinión pública las miserables condiciones de vida de los tres millones de campesinos, sin tierras que vivían en el país.

Como hijo de obrero urbano, aunque, por ausencia de su padre, criado entre campesinos, Attila Jozséf va a prestar su voz, singular y personalísima, a la expresión de los problemas y aspiraciones de ese doble proletariado. Su poesía será la caja de resonancias que haga armónicamente audibles el sordo dolor del hombre, de todo hombre, y el grito de protesta, tantas veces sofocado, de una clase de hombres a los que se pretende negar incluso esa condición.

La temática fundamental amorosa y un tanto anarquizante de su primera etapa se irá así abriendo a una creciente preocupación social, a una cada vez más fuerte compromiso revolucionario, que le llevará, durante los años treinta, a militar en el partido comunista clandestino. Sin embargo, el amor y un cierto e ingenuo sentimiento religioso seguirán nutriendo su poesía hasta el final.

Gran conocedor del folklore húngaro, en el que su poesía hunde sus raíces más profundas, Jozséf supo combinar ritmos y modos tradicionales con la brillantez imaginística y la complejidad técnica de las vanguardias europeas: constructivismo y, sobre todo, expresionismo.

Más lo que da autenticidad a su poesía es ese claroscuro de desesperación y confianza, de dolor y de fe, de orfandad y sentimiento solidario, de abatimiento y de elevación, que hace del destino individual del poeta paradigma del destino del hombre.

En la obra del húngaro Attila Jozséf encontramos esa desgarradora humanidad que, en este siglo, sólo contados poetas, llámense Vallejo o Hernández, han acertado a transmitirnos.

■ JOAQUIN RABAGO.

(1) Versión del poeta cubano y premio Casa de las Américas, Fayad Jamís.

